

María Teresa
Valcarce

El culto a los Monumentos Modernos

Sobre conservación y rehabilitación de viviendas del Movimiento Moderno

Hay cuestiones relativas a la arquitectura que, por esenciales, son recurrentes y que por tanto también afectan a la arquitectura moderna. En el capítulo *La Construcción* de su libro *Arquitectura moderna* publicado en 1895, Otto Wagner señalaba: “En el modo de construir de todas las épocas se aprecia la clara tendencia a conferir a los edificios la máxima estabilidad e inalterabilidad, y a satisfacer en grado máximo una de las exigencias más importantes de la arquitectura, la *duración eterna*. Si bien las condiciones actuales han modificado sustancialmente los tiempos de construcción, la exigencia de la duración eterna del arte se mantiene y la arquitectura deberá satisfacerla valiéndose de nuevos medios.”

Colonia Weissenhof,
Stuttgart. J.J.P.Oud,
viviendas en hilera
1927

Colonia Weissenhof,
Stuttgart. P.Behrens,
bloque vivienda
colectiva 1927



permanencia siempre ha estado asociada a la arquitectura. Muchos problemas constructivos se resuelven mejor provisionalmente. Pero las construcciones provisionales, temporales, no suelen tener un carácter arquitectónico como el de los edificios más duraderos. El estilo internacional depende tanto de las nuevas técnicas constructivas que puede pare-

cer que sus principios sólo puedan aplicarse a la construcción más avanzada.”

En el tiempo transcurrido entre estas dos citas se fraguaron las principales ideas que dieron lugar a la arquitectura moderna, y se construyeron algunas de sus obras más reconocidas. En los dos párrafos se alude a la durabilidad como condición necesaria de la arquitectura y, en los dos también, se proponen las técnicas constructivas avanzadas como el medio más adecuado para conseguir la deseable durabilidad de esa arquitectura.

Pero lo cierto es que el paso del tiempo ha mostrado que, a veces, la arquitectura moderna no ha resultado ser, aparentemente, tan duradera.

Casa Robie. Frank Lloyd Wright. 1909. Vista exterior hacia la entrada



Y así, durante el último cuarto del siglo XX se emprendieron y llevaron a cabo numerosas restauraciones de obras modernas. Entre ellas, una gran parte son viviendas tanto individuales como colectivas, tanto privadas como de iniciativa pública. Con todo, quizá lo más llamativo, a la vez que alarmante, sea lo pronto que ha sido necesario recurrir a la restauración a fin de no perder esos edificios para siempre. Baste señalar que las primeras obras de reparación de la Villa Saboya se comenzaron en 1963, cuando apenas contaba con algo más de treinta años de existencia.

Esto ha dado pie a la idea —ya casi convertida en lugar común— de que la arquitectura moderna, sobre todo la doméstica, es frágil, tiene una durabilidad muy limitada.

Casa Robie. Interior del salón



En primera instancia se podría pensar que esta supuestamente escasa durabilidad se podría deber a la falta de pericia de algunos arquitectos a la hora de construir. Más de una vez así lo han apuntado, maliciosamente, algunos de sus detractores, y probablemente en algún caso sea cierto. Pero desde luego no siempre. En 1977 con motivo del cincuentenario de la colonia Weissenhof de Stuttgart y a la vista de su lamentable estado, se decidió emprender su restauración. Como se recordará, para construir sus edificios, Mies van der Rohe reunió, en su momento, a los arquitectos que, de manera significativa, habían contribuido a la gestación y consolidación del Movimiento Moderno. Así, al lado de una serie de arquitectos jóvenes, y quizá por ello cabría pensar que inexpertos, como J.J.P. Oud o Mart Stam, se encontraban otros como Peter Behrens o Hans Poelzig, ya veteranos, que para entonces habían demostrado sobradamente su competencia profesional. Ni que decir tiene que la necesidad de restauración afectaba a todos los edificios de manera similar.

A menudo se olvida que los medios técnicos con los que se construyeron algunas de esas viviendas aún no estaban suficientemente experimentados, y lo que hoy nos pueden parecer errores, entonces eran problemas que no se habían planteado todavía. Por otra parte, en no pocas ocasiones el deterioro de los edificios se podría achacar a la audacia de algunos

*Casa Tugendhat.
Mies van der Rohe.
1930. Vista exterior
hacia el jardín*



*Casa Tugendhat.
Vista exterior con
apreciación de grietas
y desperfectos
en fachadas*

*Casa Tugendhat.
Interior de salón*



arquitectos. A este respecto, el caso de los voladizos de la Casa de la Cascada de Frank Lloyd Wright es más que elocuente. A estas alturas, habría que agradecer lo mucho que nos han enseñado esos supuestos errores y esas magníficas audacias.

En cambio, no se puede dejar de constatar que, en gran parte de los casos, las obras de restauración tienen como objetivo fundamental recuperar el estado original de los edificios, y no tanto reparar daños debidos a sus deficiencias constructivas; porque si hay algo que se pueda afirmar sin ambages sobre las vivien-

das modernas, es que muchas de ellas han sido seriamente maltratadas y, en ocasiones, incluso amenazadas con la demolición. Así estuvo a punto de suceder en 1957 con la Casa Robie que Wright construyó en Chicago en 1909. Salvada entonces gracias a la intervención del director de una inmobiliaria que la confió a la Universidad de Chicago, afortunadamente ahora está siendo restaurada según un proyecto minucioso, compatible con el mantenimiento de las visitas, que prevé su finalización en 2009. Otros edificios en cambio, no han corrido la misma suerte, como por ejemplo los dos conjuntos de viviendas que James Stirling construyó en Runcorn o, por citar algún caso más próximo, la Casa Arvesú de Alejandro de la Sota en Madrid.

Algunas veces esas demoliciones han constituido llamadas de atención y



Cité Frugés, Pessac, Le Corbuiser, 1925. Casas-torre, o "rascacielos" estado previo a rehabilitación

han servido de revulsivo contra la pérdida de esas mismas obras. Por desgracia alguna ha pasado a la historia de la arquitectura, como la voladura, en 1977, de los apartamentos Pruitt-Igoe construidos por M i n u r o Yamasaki en 1972, en San Luis, Missouri. Este hecho sirvió a Charles Jencks para fijar la fecha de la presunta muerte de la arquitectura moderna en su libro *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*.

Este asunto no deja de ser chocante, sobre todo cuando se trata de viviendas privadas, ya que la mayoría fueron construidas para clientes cultos o como vivienda personal de los propios arquitectos, lo que, en principio, habría sido garantía de una buena conservación. Pero la vida de alguna de esas residencias ha sido de lo más azarosa. Un somero recorrido por las vicisitudes que ha sufrido la Casa Tugendhat, la obra maestra de Mies van der Rohe en Brno, será una buena prueba.

En diciembre de 1930, recién terminadas las obras, el matrimonio Tugendhat se trasladó a la casa. Tan sólo pudieron disfrutarla ocho años, pues en 1938 tuvieron que abandonar Europa, huyendo de los nazis. Al año siguiente la Gestapo confiscó oficialmente la residencia, que fue ocupada por diversos inquilinos durante la guerra. Finalmente, vivienda y jardín fueron saqueados y

Cité Frugés, estado previo a rehabilitación



arrasados tanto por las tropas alemanas como por las soviéticas.

Después de la guerra, el edificio, casi destrozado, se utilizó como escuela de baile privada y, más tarde, como centro de rehabilitación y terapia del Hospital de la Escuela de Pediatría de Brno. En 1950 pasó a ser propiedad del estado de la entonces Checoslovaquia, y sufrió todo tipo de reparaciones chapuceras a fin de mantenerlo, al menos, en pie, hasta que fue declarado Monumento Cultural Nacional en 1963. Aún así, las primeras obras de restauración mínimamente serias no dieron comienzo hasta seis años después, cuando pasó a ser propiedad de la ciudad.

A partir de ese momento la casa, todavía inaccesible al público, se utilizó como lugar de fiestas y reuniones. La planta principal se acondicionó como sala de conferencias, al tiempo que los dormitorios se amue-





*Cité Frugès, serie
"rascacielos" reha-
bilitados*

blaron como si de habitaciones de hotel se tratase, y en las zonas de servicio se hicieron todo tipo de modificaciones. Por suerte, estas desgracias vieron su fin en 1994, cuando la vivienda pasó a formar parte del Museo de la Ciudad de Brno. Desde 1997, después de una somera pero insuficiente restauración, y amueblada de nuevo como en su origen, está abierta para disfrute de todo el que desee visitarla. Aún así, según informaba la prensa esta primavera, ahora la casa es objeto de disputa por su custodia entre el Ayuntamiento de Brno y los herederos de sus propietarios originales, y espera todavía su restauración definitiva. Desde luego la Casa Tugendhat, lejos de ser un edificio frágil, ha demostrado tener una resistencia formidable.

A principios de los años sesenta, la Cité Frugès, el conjunto de viviendas que Le Corbusier construyó en Pessac, cerca de Burdeos, en 1925, se encontraba en un estado verdade-

*Cité Frugès, vivienda
unifamiliar rehabili-
tada*



ramente calamitoso. Gran parte de las viviendas estaban deterioradas por falta de mantenimiento, probablemente debido a la carencia de recursos. Pero en otros casos, los sucesivos habitantes habían ido modificando las viviendas para adaptarlas a sus gustos personales: entre los variopintos despropósitos perpetrados se podían enumerar: haber cerrado gran parte de las terrazas y las pérgolas, pintar algunos pilares y paredes simulando mampostería vista, o que las ventanas corridas se hubieran dividido con parteluces inverosímiles.

Es evidente que el concepto de vivienda ideal del empresario Henri Frugès, el promotor del barrio, no coincidía con el de los usuarios que ocuparon las viviendas a lo largo del tiempo. Como respuesta a los enojados comentarios que en el seno del mundo arquitectónico provocaron, entonces, estas modificaciones, el propio Le Corbusier manifestó que, al fin y al cabo, "son los usuarios quienes siempre tienen la razón y es el arquitecto el que se equivoca".

De esta manera, el maestro venía a resignarse ante la incompreensión del ciudadano medio —quizá menos cultivado— al tiempo que le concedía el derecho a su propia iniciativa. En el fondo, aceptaba que fuese el paso del tiempo quien decidiese la suerte de los edificios. Aunque bien mirado, en ese paso del tiempo también se inserta la decisión de restaurarlos. Sin embargo, no se puede olvidar que, en general, la decisión de restaurar las viviendas de la modernidad sólo se ha tomado cuando se ha empezado a tener conciencia de su importancia como hitos de la historia de la arquitectura.

Hoy en día ya no se cuestiona la casi obligación de conservar los edificios históricos, pero desde luego no siempre ha sido así. Ésta fue una cuestión muy polémica desde mediados del siglo XIX hasta bien entrado el XX. Los dos puntos clave del debate eran el porqué conservar los edificios y el cómo restaurarlos. En *La Lámpara de la Memoria de Las siete lámparas de la arquitectura* (1849), John Ruskin proporcionaba una de las respuestas más indiscutibles al porqué, cuando afirmaba nuestro deber de respetar los edificios del pasado en

Cité Frugés.
Enmarcado y reves-
timiento de caracter-
decorativo aplicado
por los propietarios

tanto son un patrimonio heredado, que no se le puede sustraer a las generaciones futuras. El cómo restaurar los edificios todavía sigue siendo una cuestión más que espinosa.

Sin duda uno de los textos que más ha contribuido a esclarecer este asunto es el ya clásico de Aloïs Riegl *El culto moderno a los monumentos*, publicado en Viena y Leipzig en 1903. En él Riegl planteaba los fundamentos teóricos para poder discernir tanto la cualidad como el grado de intervención a la hora de restaurar un monumento, criterios que estarán en función del tipo de valor que éste tenga. Más recientemente, en la Declaración de Venecia de 1966, se abogaba por que las restauraciones tengan en cuenta el devenir del tiempo y que no *borren* los avatares por los que haya pasado el edificio. Es decir se entiende que el objetivo prioritario de una restauración no es la restitución fide-



digna a su estado inicial.

Ya se ha señalado que, actualmente, en la mayoría de las restauraciones de viviendas modernas no se trata tanto de conservar esos edificios sino de restituirlos a su estado original. Aunque también se hallan excepciones significativas a esta regla general. Durante las obras de restauración de las viviendas para profesores de la Bauhaus, de Walter Gropius, se descubrió que las viviendas que habían ocupado Kandinsky y Klee tenían sus paredes, puertas y ventanas y sus correspondientes marcos pintados de colores, obra sin duda de sus moradores. En este caso, se decidió recuperar la intervención efectuada por los dos artistas que allí habían vivido y no restituir los interiores a su estado inicial.

En todo caso, cabría preguntarse qué sentido tiene el empeño por recuperar el estado original de las viviendas modernas, cual es el fin último de este tipo de restauraciones, si es lícito o no incorporar los nuevos implementos tecnológicos, etc.. Sir Ernst H. Gombrich en su ponencia *¿Por qué conservar los edificios históricos?* presentada al Primer congreso internacional sobre Conservación Arquitectónica, celebrado en Basilea en 1983, realizaba unas reflexiones esclarecedoras. De entre ellas, aquí sería pertinente recordar “lo mucho que se ha ampliado el concepto de monumento”, porque probablemente esa es la idea que subyace en muchas de esas actuaciones. La vivienda moderna se ha convertido en uno de los monumentos de la modernidad.

Si la modernidad fue y es una cues-



Cité Frugés. Casa-
torre rehabilitada con
aplicación del cromatis-
mo original

tión de ideas, éstas perviven tanto en los textos como en las formas que las materializaron. De este modo, esa recuperación de las formas concretas se entendería como una recuperación también de las ideas que las hicieron posibles o, al menos, las propiciaron.

A ello hemos contribuido en gran medida los arquitectos que vemos en esas obras restauradas valiosas lecciones de arquitectura. En otro orden de cosas, no se puede dejar de constatar el creciente interés por la arquitectura moderna, ligado sin duda al cada vez más fácil acceso de capas más amplias de la sociedad, a todo tipo de manifestaciones culturales. Así, estas restituciones fidedignas de las viviendas modernas —en las que se recrean minuciosamente los ambientes del modo de habitar moderno, incluido el mobiliario— se presentan como la mejor manera de poner al alcance del público menos entendido, por el momento, las formas de esa arquitectura.

En cualquier caso se trata de una tarea, casi siempre ardua, en la que han de confluír varios empeños: el de los propietarios, el promotor, el mecenaz, las instituciones, los arquitectos, etc. Una tarea que nunca estará suficientemente reconocida, porque esas restauraciones siempre serán una valiosa aportación al proyecto, siempre inconcluso, de la modernidad.

